

cieron; pues encontrándose en un círculo mas adaptable para él, perdió de una vez su encogimiento y bien pronto estuvo completamente bajo la influencia alcohólica; circunstancias que nos inducen á tratar tan importante materia en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIV.

LA EMBRIAGUEZ.

EL hombre, que alternativamente se siente rey del mundo ó náufrago perdido, padece con notable frecuencia una enfermedad rara.

Siente su insuficiencia.

Los resultados de una educacion imperfecta, la ignorancia y el natural encogimiento de todo el que se encuentra coartado por los reproches de su conciencia, pone al hombre en el peligroso predicamento de recurrir á una modificacion física y moral que se llama embriaguez.

Desde que el hombre pudo descubrir que su sér mora

es susceptible de modificarse por influencias físicas, creyó haber encontrado en el alcohol un elemento maravilloso.

Allí donde el hombre encuentra que su razón no le basta, es el punto en que acepta el embrutecimiento, prefiriendo retroceder hasta la insensatez, á seguir luchando con su inteligencia fatigada.

Entre todos los animales, el hombre es el único que se embriaga y el único que se suicida.

La embriaguez es el suicidio de las almas mezquinas.

Nacer, ofreciendo el maravilloso organismo del cuerpo humano como recinto de ese *yo* incorpóreo y eterno, llegar á sentir el poderoso impulso de la razón, llegar á medir el universo con el poder de la inteligencia, reinar, dominarlo todo y penetrar en el vastísimo campo de las maravillas de la creación; tener todo este caudal, todo este tesoro de luz y de poder, para apurar en seguida á manera de tósigo un litro de alcohol y descender desde el pedestal del sér pensador y libre hasta ese recinto de sombras y de vértigos en donde alientan el loco y el calenturiento, el insensato y el bruto, es la mas estupenda de las barbaridades, el acto mas criminalmente atentatorio y el mas cobarde de los suicidios.

Todas las almas débiles, todos los cobardes y todos los criminales propenden á ese embrutecimiento, para probar si entre las luces perennes que se apagan en el alcohol, la conciencia siquiera se adormece.

El débil, al echar de menos la suma de poder, la suma de saber que necesitaría en la liza humana para represen-

tarse á sí mismo competentemente; desesperado de no hallar lo que le falta, lo busca en el fondo de un vaso, y al experimentar los primeros síntomas del envenenamiento alcohólico, cuando merced á la excitación de ciertos ramos nerviosos y á la inflamación de ciertos tegidos siente dislocarse una rueda de su preciosa máquina, los engendros de esa descomposición se presentan bajo la forma de una expansión grotesca, y el ébrio con la mirada brilladora prorrumpe estrujando la prosodia de las palabras y perdiendo su encogimiento habitual; no se acuerda de que todo lo ignora, y cree saberlo todo y enseña al pensador, ya sin los velos de la modestia, sin las pausas del miedo, sin las vacilaciones del tímido, sin las reservas del buen juicio, toda su alma, todo su sér moral en toda la desnudez de su impotencia, de su ignorancia y de su nulidad.

El hombre entonces creyendo ocultarse su insuficiencia y su cobardía, no hace mas que disfrazarse con la ropa de sus propios defectos, ocultándose de sí mismo para que lo conozcan todos.

Tal es la embriaguez, tal es el contraproducente principio de buscar, en una enfermedad física, el remedio de las insuficiencias ó la curación de males morales de un origen puramente moral.

Esta funesta enfermedad tan generalizada en el mundo, tan favorecida por el comercio, tan en boga en la época presente, tiene un sinnúmero de cambiantes, y su sintomatología es interminable.

La guerra, ese formidable enemigo de la humanidad,

esa hidra destinada á escupir en la frente de la fraternidad universal, es la primera que ha recurrido al útil recurso de envenenar á sus cadáveres mientras pueden moverse; como el gallero que explota el coraje de su noble animal jalándole las barbas.

La conciencia humana es como el sol: siempre tiene una hora en que acierta á penetrar á un punto para señalar el meridiano.

El criminal pretende tapar ese objetivo con alcohol; pero al despertar de su atonía siempre se encuentra á la verdad sentada frente á sus acciones, inflexible y severa; siempre escucha despues de su aturdimiento pasajero el formidable grito de su conciencia.

Estudemos ahora los síntomas de la embriaguez en Sanchez, á quien nos preciamos de conocer perfectamente; hay mas, como saben ya nuestros lectores, tenemos el poder mágico de penetrar en su interior.

Sanchez, cuando era bueno y pobre, no bebia. La primera vez que Sanchez habló en público despues de haber preparado su discurso, le faltó una cosa: cognac.

Tomó cognac y no tuvo miedo, y merced á este descubrimiento, Sanchez siguió bebiendo.

Ingresó á ciertos círculos, formó parte de ciertas combinaciones, y Sanchez se encontró siempre mas expansivo y mas locuaz, si se aplicaba por vía de aguijon de su timidez cierta dosis de cognac.

Sanchez era de los borrachos que saben contenerse en

ciertos límites; merced á que el estrago del envenenamiento lo invadía lentamente.

No hubo circunstancia extraordinaria de su vida, no hubo lance, pendencia, conquista ó determinacion arriesgada que no hubiera sido precedida de su estímulo favorito.

La locucion de Sanchez se hacia difícil cada vez que se acordaba de su propia ignorancia en materia de idioma, y tales recuerdos fatales le hacian vacilar sobre algunos escollos, precisamente porque temiéndolos, no encontraba en su saber nocion alguna para salvarlos.

Cuando Sanchez pensaba mucho hablaba mal; pero cuando no se acordaba de que no sabia nada, entonces tenia cierta facilidad y cierto aplomo para no pararse en escrúpulos de lenguaje.

En este temple habia empezado á ponerse en el círculo de los dependientes, en el cual, dando rienda suelta á su flujo de hablar, no cesó de hacerlo un solo instante.

Solo que Sanchez no tenia mas que una materia completamente á sus órdenes, y esta materia era la historia de la última revolucion, y como á esta debia su sér político y social, se habia acostumbrado ya á narrar los acontecimientos con una naturalidad que alucinaba un tanto á sus oyentes, á quienes entretenia largamente con una leccion aprendida de memoria y relatada multitud de ocasiones.

De manera que Sanchez dijo casi todo lo que sabia, defendiéndose por medio de sus largos parlamentos de descubrir su ignorancia en otras materias.

Poco antes de concluir el concierto, Sanchez volvió al salon en compañía de los dependientes, recibió de nuevo los cumplimientos de Cárlos, y al fin, poniéndose á los pies de Chona, se retiró muy satisfecho, pensando en que aquella *casa fuerte* podía muy bien sacarlo de apuros el dia que menos lo esperase.

Al volver á su casa encontró todavía en ella á la visita cuotidiana de Amalia, á Ricardo, quien á su vez habia logrado llamar ya la atencion de Sanchez por la asiduidad de sus visitas.

En el momento en que Sanchez se habia separado del comedor de Cárlos acababa de tomar ese trago final, que sobre los anteriores viene siempre á colmar la medida y á determinar la embriaguez.

Al entrar á su saloncito notó Sanchez que la lámpara colocada en la mesa del centro habia hecho una genuflexion, ni mas ni menos que una persona, y todos los muebles tapizados de rojo habian jirado de derecha á izquierda, como formándose á su derredor.

Sanchez era el que habia dado un pequeño giro para dirigirse de la puerta lateral al estrado, pero perdió la conciencia de este movimiento y resultó para él, que los muebles y las paredes eran las que habian cambiado de posición.

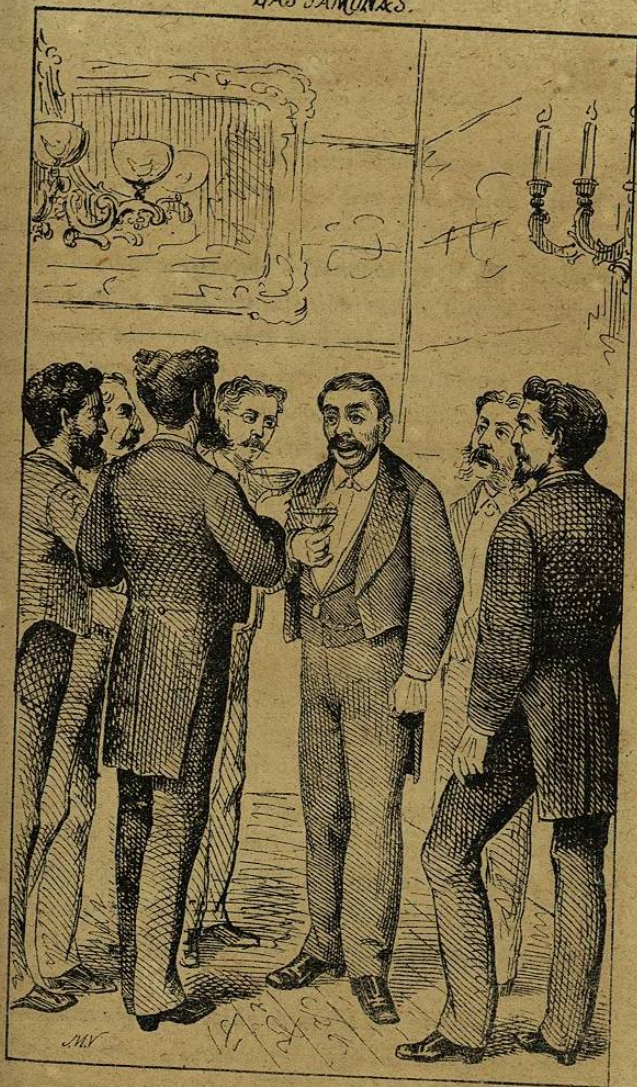
Se sentó en un sillón, poniendo mas cuidado del que se requiere para ejecutar esta operacion sencillísima, y pronunció un «buenas noches» mas acentuado y preciso de lo que se necesitaba.



Salvador.

Lit. V. L. G. a

LAS JAMONAS



Sanchez en la casa de Carlos

Lit. Vilasana y C^{ia}

Antes de perderse todo para el borracho, se establece en su interior una lucha heroica de la razón contra el ofuscamiento.

Le estaba pareciendo á Sanchez que cada sílaba era un escalon; pero se consideraba con la fuerza suficiente para subir uno y veinte y mas que se le presentaran: estaba en ese periodo de la embriaguez en el que la dificultad de entenderse á sí mismo, se le atribuye á los demas, y resulta un hombre haciendo un esfuerzo tan poderoso como inútil, para que le entiendan lo que nadie tiene dificultad de entender.

—¿Fuma usted, caballero? dijo Sanchez buscándose la cigarrera en la bolsa del chaleco y despues en la del sobretodo; se paró para poder registrar mejor y dijo:

—¡Adios! pues dejé mis cigarros..... sí señor..... dejé mis cigarros..... en la casa de Cárlos mi amigo, los dejé..... allí he dejado mis cigarros, en la casa.....

A Sanchez se le estaba olvidando que debajo del sobretodo estaba el frac y en el frac los cigarros.

Ricardo le ofreció cigarro, y al dárselo, Sanchez abrió los dedos tanto cuanto los hubiera abierto para coger un vaso; se volvió á sentar y pretendió deshacer las cabezas del cigarro; pero esta operacion empezó á parecerle muy difícil.

—Estos cigarros están pegados..... ¡vaya!..... pues están pegados..... ¡cosa rara! ¡pegados! vea usted, señor, este cigarro está pegado: vamos á ver, dígame usted si este cigarro no está pegado; pero completamente pegado;

parece un trinquete; está pegado, lo que se llama pegado, como si fuera un jis.....

Ya Ricardo había encendido un cerillo y Sanchez encendió el cigarro sin intentar componerlo, siguiendo la regla sabidísima de un borracho de profesion, que en materia de luces decia haberle demostrado su experiencia que, de tres luces que ve el borracho, la de en medio es la segura.

Ricardo, despues de un momento de embarazoso silencio, optó por retirarse. Se despidió con naturalidad y salio de la sala.

CAPITULO XV.

SÁNCHEZ HACE PARTICIPE Á AMALIA DE LAS
DULZURAS DEL VINO DE CHAMPAGNE.

SÁNCHEZ dirigió una mirada, una larga mirada de borracho á Amalia, y en seguida dejó caer una mano como de plomo en la sedosa falda de aquella muger, que se estremeció al sentir el golpe inesperado.

—¡Qué bonita estás, Amalia! dijo Sanchez acercando su cara á la de Amalia para bañarla con la aldeida de la embriaguez.

—Mira, continuó Sanchez, es una lástima que te visite